



LOS TRES GABLETES



Sir Arthur Conan Doyle



Los tres Gabletes

Septiembre de 1926

Sir Arthur Conan Doyle



Sherlock-Holmes.es

No creo que alguna de mis aventuras con el Sr. Sherlock Holmes se haya resuelto tan abruptamente y de manera dramática, como la que se asocia con *The Three Gables*¹. No había visto a Holmes por varios días y no tenía idea del nuevo canal por el cual sus actividades habían sido dirigidas. Estaba de un humor locuaz esa mañana, sin embargo, y precisamente me había sentado en el sillón consumido en un lado del fuego, mientras se encrespaba con su pipa en la boca sobre la silla opuesta, cuando nuestro visitante arribó. Si hubiera dicho que un toro bravo había arribado sería dar una clara impresión de lo que ocurrió.

La puerta había sido abierta violentamente y un enorme negro había estallado en la habitación. Hubiera sido una figura cómica si no hubiera sido terrorífico, porque estaba vestido en un traje de etiqueta con una corbata ondulante de color salmón. Su ancha cara y nariz achatada estaban empujadas hacia delante, y sus sombríos ojos negros, con un destello ardiente de malicia en ellos, se volvían de uno hacia el otro.

—¿Cuál de ustedes, caballeros es el señor Holmes? —preguntó.



Holmes elevó su pipa con una lánguida sonrisa.

—¡Oh! ¿Es usted, no es cierto? —dijo nuestro visitante, acercándose con unos desagradables y sigilosos pasos alrededor del ángulo de la mesa— Verá, señor Holmes, mantenga sus manos fuera de los negocios de otros. Deje a otra gente manejar sus propios asuntos. ¿Comprende eso, señor Holmes?

—Siga hablando —dijo Holmes—. Está bien.

—¡Oh! ¿Está bien, no es cierto? —gruñó el salvaje—. No sería tan condenadamente bueno si pudiera recortarlo en pedazos. He manipulado a gente de su tipo mucho antes, y ellos no parecían tan bien cuando terminé con ellos. ¡Mire esto, señor Holmes!

Balanceó un enorme y nudoso bulto de un puño bajo la nariz de mi amigo. Holmes lo examinó de cerca con un aire de gran interés.

—¿Dónde nació? —preguntó— ¿O viene gradualmente?

Pudo haber sido la helada frialdad de mi amigo, o pudo haber sido el ligero estrépito que hice al levantar el atizador. En cualquier caso, los modales de nuestro visitante se volvieron menos extravagantes.

—Bien, le he dado suficientes consejos —dijo—. Tengo un amigo que está interesado sobre el camino de Harrow, usted sabe a lo que me refiero, y no tiene intención de tener que interrumpir los hechos por usted. ¿Lo comprende? Usted no es la ley, y yo no soy la ley tampoco, y si usted viene estaremos a mano. No lo olvide.

—Lo he buscado por algún tiempo —dijo Holmes—. No le pregunté si quería sentarse, porque no soporto su olor. ¿Pero no es usted Steve Dixie, el matón?

—Ese es mi nombre, señor Holmes, y usted seguro conseguirá transmitirlo si me ofrece alguna insolencia.

—Es ciertamente lo último que necesita —dijo Holmes, permaneciendo frente a la abominable boca de nuestro visitante—. Usted fue el asesino del joven Perkins en las afueras de Holborn... ¡Pero qué! ¿No se va?

El negro se había enfurecido, y su cara estaba dura como plomo.

—No escucharé tales comentarios —dijo—. ¿Qué tenía que hacer con este Perkins, señor Holmes? Estaba entrenando en el Bull Ring en Birmingham cuando este muchacho se metió en problemas.

—Sí, ya le contó al magistrado acerca de eso, Steve —dijo Holmes—. Lo he estado observando y a Barney Stockdale...

—¡Que Dios me ayude! Señor Holmes...

—Esto es suficiente. Salga de aquí. Lo visitaré cuando yo lo desee.

—Buenos días, señor Holmes. ¿Espero que no haya ningún rencor acerca de esta visita?

—Serán a menos que me diga quién lo envió.

¹ Los tres Gabletes

—Por qué, no hay secreto acerca de ello, señor Holmes. Fue el mismo caballero que usted acaba de mencionar.

—¿Y quién lo puso a él?

—No lo sé, señor Holmes. El dijo "Steve, ve a ver al Sr. Holmes, y cuéntale que su vida no será segura si va por el camino de Harrow". Esa es toda la verdad —y sin esperar por más preguntas nuestro visitante cerró la puerta de la habitación tan precipitadamente como había entrado. Holmes sacudió las cenizas de su pipa con una calmada sonrisa.

—Estoy contento de que no haya sido forzado a romper su lanuda cabeza, Watson. Observé sus maniobras con el atizador. Pero él es realmente un amigo inofensivo, un bebé de gran musculatura, pero tonto y fanfarrón, y fácilmente acobardable, como acaba de ver. Es uno de la pandilla de Spencer John y ha tomado parte en algún sucio trabajo de última hora que resolveré cuando tenga tiempo. Su superior principal, Barney, es una persona más astuta. Ellos se especializan en asaltos, intimidaciones y otros por el estilo. ¿Lo que quisiera saber es, quién está atrás de ellos en esta particular ocasión?

—¿Pero por qué quieren intimidarlo?

—Es este caso de Harrow Weald. Esto me decide a observar el asunto, porque si alguien se toma la molestia, debe haber algo en él.

—¿Pero qué es?

—Le iba a contar cuando tuvimos este interludio cómico. Aquí está la nota de la Sra. Maberley. Si tiene el cuidado de acompañarme nos conectaremos con ella y saldremos de inmediato.

ESTIMADO SR. SHERLOCK HOLMES —leí—:

He tenido una sucesión de extraños incidentes ocurridos en conexión con esta casa, y que valoraría su consejo. Me encontrará en casa mañana en cualquier momento. La casa está a un corto trecho de la estación Weald. Creo que mi difunto esposo, Mortimer Maberley, fue uno de sus antiguos clientes.

Fielmente suya, MARY MABERLEY

La dirección era "The Three Gables, Harrow Weald".

—¡Así que es eso! —dijo Holmes—. Y ahora, si puede disponer de tiempo, Watson, nos pondremos en camino.

Un corto viaje en tren, y un aún más corto paseo en coche, nos llevó a la casa, una quinta de maderas y ladrillos, permaneciendo en su propio acre de pastizal no desarrollado. Tres pequeñas proyecciones por encima de las ventanas superiores hacían un poco convincente intento de justificar su nombre. Detrás había un bosque de melancolía, pinos a medio crecer, y todo el aspecto del lugar era pobre y depresivo. Con todo, encontramos el lugar bien abastecido, y la señora que nos recibió fue una persona simpáticamente mayor, quien albergaba toda impresión de refinamiento y cultura.

—Recuerdo a su esposo, madame —dijo Holmes— pese a que fue hace varios años desde que usó mis servicios en un asunto trivial.

—Probablemente esté más familiarizado con el nombre de mi hijo Douglas.

Holmes la observó con gran interés.

—¡Querida! ¿Es usted la madre de Douglas Maberley? Lo conocí levemente. Pero por supuesto todo Londres lo conoce. ¡Que magnífica criatura era! ¿Dónde está él ahora?

—¡Muerto, Sr. Holmes, muerto! Era un agregado en Roma, y murió de neumonía el mes pasado.

—Lo siento. Uno no podría conectar la muerte con tal hombre. Nunca he conocido a nadie tan vitalmente animado. Vivió intensamente... ¡Todas sus fibras!

—Demasiado intensamente, Sr. Holmes. Eso fue su ruina. Usted lo recordará como era... gallardo y majestuoso. No ha visto la caprichosa, malhumorada y cavilante criatura en la que se desarrolló. Su corazón se partió. En un solo mes me pareció ver a mi galante muchacho transformarse en un cínico y desgastado hombre.

—¿Una aventura amorosa... una mujer?

—O un demonio. Bien, no fue para hablar de mi pobre muchacho que le pedí que viniera, Sr. Holmes.

—El Dr. Watson y yo estamos a su servicio.

—Han habido varios sucesos muy extraños. He estado en esta casa más de un año, y he deseado la

ventaja de tener una vida retirada por lo que he visto poco a mis vecinos. Hace tres días recibí una llamada de un hombre que decía ser un comprador. Dijo que esta casa sería exactamente a la medida de uno de sus clientes, y que si pudiera renunciar a ella por su dinero no habría objeción. Me pareció muy extraño ya que aquí hay varias casas vacías en venta que aparecen ser igualmente elegibles, pero naturalmente estaba interesado en lo que decía. En consecuencia mencioné un precio que era quinientas libras más del que me dio. Inmediatamente cerramos la oferta, pero añadió que su cliente deseaba comprar el amueblado cuando pusiera un precio sobre él. Algunos de los muebles son de mi antiguo hogar, y son, como verá, muy buenos, por lo que le ofrecí una buena suma. A esto también estuvo de acuerdo. Siempre quise viajar, y el convenio era tan bueno que realmente parecía que debería ser mi propia dueña por el resto de mi vida... Ayer el hombre arribó con los acuerdos todos escritos. Afortunadamente se los mostré al Sr. Sutro, mi abogado, quien vive en Harrow. Me dijo: "Este es un documento extraño. ¿Está segura que si usted firma no puede legalmente retirar algo de la casa... ni siquiera sus propias posesiones privadas?" Cuando el hombre regresó en la tarde apunté hacia esto, y le dije que sólo ofrecía vender el amueblado.

»No, no, todo —dijo él

»¿Pero mis ropas? ¿Mis joyas?

»Bien, bien, algunas concesiones pueden hacerse para sus efectos personales. Pero nada puede salir de esta casa sin ser comprobado. Mi cliente es un hombre muy liberal, pero tiene sus fruslerías y sus propias maneras de hacer las cosas. Es todo o nada con él.

»Entonces será nada —dije. Y ahí terminó el asunto, pero todo el hecho me pareció ser más inusual que lo que pensaba...

Aquí se produjo una extraordinaria interrupción.



Holmes levantó su mano por silencio. Entonces caminó a zancadas a través de la habitación, abrió de golpe la puerta, y arrastró a una gran y delgada mujer quien era asida por los hombros. Ella entró con un torpe forcejeo como una enorme y torpe gallina, desgarrada, graznando, fuera de su gallinero.

—¡Suélteme! ¿Qué está haciendo? —chilló.

—¿Por qué, Susan, qué es esto?

—Bien, Señora, venía a preguntar si los visitantes iban a quedarse para el almuerzo cuando este hombre me empujó.

—La he estado escuchando por los últimos cinco minutos, pero no quise interrumpir su tan interesante narrativa. Solo un pequeño jadeo, ¿Susan eres, no? Su respiración es demasiado pesada para ese tipo de trabajo.

Susan tornó en malhumorada pero asombrada la cara sobre su captor.

—¿Quién es, de todos modos, y que derecho tiene para empujarme de ese modo?

—Era simplemente que deseaba preguntar en su presencia. ¿Usted, Sra. Maberley, mencionó a alguien que me iba a escribir para consultarme?

—No, Sr. Holmes, no lo hice.

—¿Quién envió su carta?

—Susan lo hizo.

—Exactamente. Ahora, Susan, ¿A quién era que le escribió o envió un mensaje diciendo que su ama estaba preguntando por mi consejo?

—Es una mentira. Yo no envié ningún mensaje.

—Ahora, Susan, la gente jadeante puede no vivir mucho, usted sabe. Es una cosa inmoral decir mentiras. ¿A quién se lo contó?

—¡Susan! —gritó su ama—. Creo que eres una mala y traicionera mujer. Ahora recuerdo que la vi hablando con alguien sobre la cerca.

—Esos eran mis propios negocios —dijo la mujer malhumoradamente.

—¿Suponga que le digo que era a Barney Stockdale a quién le habló? —dijo Holmes.

—Bien, si lo conoce, ¿Por qué pregunta por él?

—No estaba seguro, pero ahora lo sé. Bien ahora, Susan, valdrá diez libras si me dices quién está detrás de Barney.

—Alguien que puede fijar miles de libras por cada diez que tiene en el mundo.

—¿Entonces, es un hombre rico? No; sonrió... una mujer rica. Ahora que hemos llegado tan lejos, puede darnos el nombre y ganarse un *tenner*².

—Lo veré en el infierno primero.

—¡Oh, Susan! ¡Tu lenguaje!

—Me voy de aquí. Ya he tenido suficiente de todos ustedes. Enviaré por mi caja mañana —y se retiró por la puerta.

—Adiós, Susan. Un calmante es el mejor remedio... ahora —continuó, tornándose repentinamente de lívida a severa cuando la puerta se hubo cerrado tras de la excitada y furiosa mujer—. Esta pandilla significa negocios. Mire cuan cerca juegan su juego. Su carta tiene el matasellos de las 10 PM. Y con todo Susan le comunica a Barney. Barney tiene tiempo de ir a su empleador y obtener instrucciones; él o ella (me inclino por lo último de acuerdo a la ironía de Susan cuando pensó que había cometido un error) forma un plan. Black Steve es llamado, y soy puesta en alerta a las once en punto de mañana. Así tan rápido trabajan, usted sabe.

—¿Pero qué es lo que ellos quieren?

—Sí, esa es la pregunta. ¿Quién tenía la casa antes que usted?

—Un Capitán de la marina retirado llamado Ferguson.

—¿Algo memorable acerca de él?

—Nada que haya oído.

—Me preguntó si tanto pudo enterrar algo. Por supuesto, cuando la gente entierra los tesoros hoy en día lo hacen en el banco de la oficina de correos. Pero siempre hay algunos lunáticos sobre eso. Sería un mundo aburrido sin ellos. Primero pensé que había enterrado algo de valor. ¿Pero por qué, en ese caso, deberían querer su amueblado? ¿No parece tener un Rafael o un manuscrito de Shakespeare sin saberlo?

—No, no lo creo, no tengo nada más raro que un juego de té de Crown Derby.

—Eso duramente justificaría todo este misterio. Excepto, ¿Por qué no deberían decir abiertamente que es lo que quieren? Si codiciaran su juego de té, pueden seguramente ofrecer un precio por él sin comprar lo que está encerrado, almacenado y puesto en barriles. No, como yo lo leo, hay algo que usted no sabe y que lo tiene, y que no se lo daría si lo supiera.

—Eso es como yo lo leo —dije.

—El Dr. Watson está de acuerdo, entonces así está establecido.

—¿Bien, Sr. Holmes, qué puede ser?

—Veamos si por el puro análisis mental podemos obtener un punto fino. Ha estado en esta casa un año.

—Casi dos.

—Aún mejor. Durante este largo período nadie quiso nada de usted. Ahora repentinamente en tres o cuatro días tiene urgentes demandas. ¿Qué deduce de ello?

—Sólo puede significar —dije— que el objeto, cualquiera que sea, sólo ha venido a esta casa.

—Es correcto una vez más —dijo Holmes—. Ahora, Sra. Maberley ¿Ha recibido un objeto recientemente?

—No, no he comprado nada nuevo este año.

—¡De veras! Eso es algo notable. Bien, creo que tenemos que permitir que se desarrollen algunos asuntos hasta que tengamos datos más claros. ¿Es este abogado suyo un hombre calificado?

—El Sr. Sutro es el más calificado.

² Billeto de diez libras

—¿Tiene usted otra criada, o era la honrada Susan, quien azotó la puerta de entrada?

—Tengo una jovencueta.

—Trate y consiga que Sutro permanezca una noche o dos en la casa. Quizás posiblemente quiera protección.

—¿Contra quién?

—¿Quién sabe? El asunto es ciertamente oscuro. Si no puedo encontrar quien está detrás, deberé aproximarme al asunto desde la otra punta y tratar de llegar al principal. ¿Le dio este comprador alguna dirección?

—Simplemente su tarjeta y su ocupación. "Haines-Johnson, Martillero y Tasador".

—No creo que lo encontremos en el directorio. Los hombres honestos de negocios no disimulan su lugar de negocios. Hágame saber cualquier nuevo desarrollo. He tomado su caso, y usted puede confiar en ello que veré a través de él.

Cuando atravesamos el pasillo los ojos de Holmes, que no se perdían nada, brillaron sobre varios baúles y estuches que estaban apilados en una esquina. Las etiquetas brillaron sobre él.

—"Milano", "Lucerna". Estos son de Italia.

—Son las cosas del pobre Douglas.

—¿No las ha desempaquetado? ¿Hace cuanto que las tiene?

—Arribaron la semana pasada.

—Pero usted dijo... porque, seguramente este debe ser el enlace perdido. ¿Cómo sabemos que no hay nada de valor ahí?

—No puede ser posible, Sr. Holmes. El pobre Douglas sólo tenía su paga y una pequeña anualidad. ¿Qué podía tener de valor?

Holmes estaba perdido en sus pensamientos.

—No se demore más, Sra. Maberley —dijo al fin—. Llévase estas cosas arriba a su habitación. Examínelas tan pronto como sea posible y vea que contienen. Vendré mañana y oíré su reporte.

Era absolutamente evidente que The Three Gables estaba bajo una estrecha vigilancia, por lo que dimos vuelta alrededor de la alta cerca y al final de la línea estaba el negro boxeador profesional permaneciendo en las sombras. Nos acercábamos calmos cuando repentinamente, una grotesca y amenazante figura nos observó desde ese solitario lugar. Holmes golpeteó con su mano en el bolsillo.



—¿Buscando su arma, señor Holmes?

—No, mi botella de perfume, Steve.

—¿Se cree gracioso, señor Holmes?, no lo es.

—No sería gracioso, Steve, si lo atrapara. Le di bastantes avisos esta mañana.

—Bien, señor Holmes, he hecho caso omiso de lo que dijo, y no quiero hablar más acerca de ese asunto del señor Perkins. Suponga que si puedo ayudarlo, señor Holmes, lo haré.

—Bien, entonces, dígame quién está detrás de usted en este trabajo.

—¡Qué Dios me ayude! Señor Holmes, le dije toda la verdad antes. No lo sé. Mi jefe Barney me dio órdenes y eso es todo.

—Bien, solo recuerde, Steve, que la señora en esa casa, y todo bajo ese techo, están bajo mi protección. No lo olvide.

—Está bien, señor Holmes. Lo recordaré.

—Lo tenía completamente asustado en su propia piel, Watson —remarcó Holmes cuando caminábamos—. Creo que traicionaría a su empleador si supiera quién es. Fue afortunado que tuviera algo

de conocimiento de la legión de Spencer John, y que Steve fuera uno de ellos. Ahora, Watson, hay un caso de Langdale Pike, y me voy a verlo ahora. Cuando regrese quizás pueda resolver el asunto.

No vi más de Holmes durante el día, pero bien puedo imaginar como lo pasó, porque Langdale Pike era su libro humano de referencia sobre todos los asuntos de escándalos sociales. Esta extraña y lánguida criatura pasaba sus horas de vigilia en el arco de la ventana de un club de la calle Saint James y era el recepcionista tan bien como el transmisor de todos los chismes de la metrópolis. Hizo, como se dice, un formal ingreso con los párrafos con los que contribuye todas las semanas a la basura que satisface a un público inquisitivo. Si bien nunca ha bajado a las turbidas profundidades de la vida de Londres, si había algún extraño remolino o espiral, era señalado con automática exactitud por este dial humano sobre la superficie. Holmes discretamente ayudó a Langdale con su conocimiento, y en una ocasión fue ayudado a su vez.

Cuando me encontré con mi amigo en su habitación temprano a la mañana siguiente, era consciente desde su porte que todo estaba bien, pero nada menos que una desagradable sorpresa nos estaba esperando. Tomó la forma del siguiente telegrama:

Por favor venga inmediatamente. Casa de cliente desvalijada en la noche. Policía en posesión.

SUTRO

Holmes silbó.

—El drama ha llegado a una crisis, y más rápido de lo que esperaba. Hay un gran poder de maneja detrás de este negocio, Watson, que no me sorprende después de lo que escuché. Este Sufro, por supuesto, es su abogado. Tuve un error, me temo, en no preguntarle si quería pasar la noche de guardia. Este amigo ha claramente probado un extremo roto. Bien, no hay nada que hacer excepto otro viaje a Harrow Weald.

Encontramos a The Three Gables con un diferente establecimiento del ordenado grupo familiar del día previo. Un pequeño grupo de haraganes se habían congregado en la puerta del jardín, mientras un par de alguaciles estaban examinando las ventanas y las camas de geranios. En el interior nos encontramos con un gris caballero, quién se introdujo como el cooperativo abogado con un rubicundo y bullicioso Inspector, quien saludo a Holmes como un viejo amigo.

—Bien, Sr. Holmes, no hay chances para usted en este caso, me temo. Sólo un común y ordinario robo, y bien sin la capacidad del pobre viejo policía. No se necesita el empleo de expertos.

—Estoy seguro que el caso está en muy buenas manos —dijo Holmes—. ¿Simplemente un robo común, dijo?

—Exactamente. Conocemos bastante bien quienes son los hombres y donde encontrarlos. Es la banda de Barney Stockdale, con el gran moreno en él... han sido vistos por los alrededores.

—¡Excelente! ¿Qué tomaron?

—Bien, parece que no han tomado mucho. La Sra. Maberley fue cloroformizada y la casa fue... ¡Ah! Aquí está la señora.

Nuestra amiga de ayer, mostrándose muy pálida y enferma, había entrado en la habitación, inclinada sobre una pequeña doncella.

—Me dio un buen consejo, Sr. Holmes —dijo ella, sonriendo tristemente—. ¡Que pena, no le hice caso! No deseaba molestar al Sr. Sutro, y entonces estaba desprotegida.

—Solamente oí de ello esta mañana —explicó el abogado.

—El Sr. Holmes me aconsejó de tener algunos amigos en la casa. Rechacé su consejo, y ahora tengo que pagar por ello.

—Se ve paupérrimamente enferma —dijo Holmes—. Quizás pueda escasamente igual decirnos lo que ocurrió.

—Está todo aquí —dijo el Inspector, golpeando una abultada agenda.

—Aún... si la señora no está demasiado exhausta...

—En realidad hay poco para decir. No tengo duda de que esa traicionera Susan había planeado una entrada para ellos. Deben conocer la casa pulgada por pulgada. Fui consciente por un momento de la esponja de cloroformo que fue puesta sobre mi boca, pero no tengo noción por cuanto tiempo estuve sin sentido. Cuando me levanté, un hombre estaba en la cabecera de la cama y otro estaba levantándose con un fardo en su mano de entre el equipaje de mi hijo, el cual estaba parcialmente abierto y tirado sobre el piso. Antes de que pudieran alejarse salté y lo agarré.

—Tomó un gran riesgo —dijo el Inspector.

—Me le pegué encima, pero me sacudió, y el otro quizás me golpeó, porque no puedo recordar nada más. Mary la criada oyó el ruido y comenzó a gritar por la ventana. Eso atrajo a la policía pero los malvientes se habían alejado.

—¿Que fue lo que tomaron?

—Bien, no creo que algo de valor se haya perdido. Estoy segura que no había nada en el baúl de mi hijo.

—¿No dejaron ninguna pista los hombres?

—Había solamente una hoja de papel que pude haber desgarrado del hombre del que me aferré. Estaba echado todo estrujado sobre el piso. Tenía la escritura de mi hijo.

—Lo que significa que no es de mucho uso —dijo el Inspector—. Ahora si ha estado en el robo...

—Exactamente —dijo Holmes—. ¡Que fuerte sentido común! Nada menos, sería curioso si puedo verlo.

El Inspector extrajo una hoja doblada de un pliego de papel de su libreta de notas.

—Nunca paso nada, a menos que sea algo trivial —dijo con algo de pompa—. Ese es mi consejo, Sr. Holmes. En veinticinco años de experiencia he aprendido mi lección. Siempre está la chance de encontrar huellas o algo.

Holmes inspeccionó la hoja de papel.

—¿Qué piensa de esto, Inspector?

—Parece ser el final de alguna extraña novela, hasta donde puedo ver.

—Puede ciertamente probar ser el final de un extraño cuento —dijo Holmes—. Ha notado el número en el tope de la página. Es el doscientos cuarenta y cinco. ¿Dónde están las singulares doscientas cuarenta y cuatro páginas restantes?

—Bien, supongo que los ladrones tienen esas. ¡Sería demasiado bien para ellos!

—Parece un extraño hecho irrumpir en una casa en orden para hurtar tales papeles. ¿No le sugiere nada a usted, Inspector?

—Sí, señor, sugiere que en su apuro los malvientes tomaron lo primero que tenían a mano. Les desearía la mayor alegría por lo que consiguieron.

—¿Por qué deberían ir a las cosas de mi hijo? —preguntó la Sra. Maberley.

—Bien, ellos no encontraron nada de valor en la planta baja, así que intentaron suerte en el primer piso. Así es como yo lo leo. ¿Qué piensa usted, Sr. Holmes?

—Debo pensarlo, Inspector. Venga conmigo a la ventana, Watson.

Entonces, mientras permanecíamos juntos, leyó un fragmento del papel. Comenzó en el medio de una frase y decía algo como esto: "...su cara sangraba considerablemente de los cortes y porrazos, pero no era nada comparado con el sangrado de su corazón mientras veía esa adorable cara, la cara por la que había estado preparado para sacrificar su vida, prestando atención a su agonía y humillación. Ella sonrió... ¡Sí, por el Cielo! Ella sonrió, como el despiadado demonio que era, mientras la miraba. Fue en ese momento que el amor murió y el odio nació. El hombre debe vivir por algo. Si no es por tu contención, mi señora, entonces será seguramente por tu destrucción y mi completa venganza."

—¡Extraña gramática! —dijo Holmes con una sonrisa mientras le entregaba en mano el papel de regreso al Inspector—. ¿Notó como el "él" cambió repentinamente a "mí"? El escritor estaba tan compenetrado con su propia historia que se imagino a si mismo en el momento supremo del héroe.

—Me parece poderosamente poca cosa —dijo el Inspector mientras lo reponía en su libro— ¡Qué! ¿Se va, Sr. Holmes?

—No creo que haya algo más para mí que hacer ahora que el caso está en sus calificadas manos. Por cierto, Sra. Maberley, ¿Usted dijo que desearía viajar?

—Siempre ha sido mi sueño, Sr. Holmes.

—¿Adonde le gustaría ir... El Cairo, Madeira, la Riviera?

—Oh, si tuviera dinero iría alrededor del mundo.

—Exactamente. Alrededor del mundo. Bien, buenos días. Le enviaré algunos renglones en la tarde.

Cuando pasamos la ventana vi al avanzar la sonrisa del Inspector y el sacudón de cabeza. "Estos astutos tipos siempre tienen un toque de locura". Eso fue lo que leí en la sonrisa del Inspector.

—Ahora, Watson, estamos en la última vuelta de nuestro pequeño viaje —dijo Holmes cuando regresábamos por el bullicio del centro de Londres una vez más—. Creo que tendremos más claro el asunto inmediatamente, y sería bueno si puede acompañarme, porque es seguro tener un testigo cuando se está confrontándose con una señora tal como Isadora Klein.

Tomamos un taxi y salimos acelerados hacia alguna dirección en Grosvenor Square. Holmes había estado compenetrado con sus pensamientos, pero se avivó repentinamente.

—A propósito, Watson, ¿Supongo que lo ve todo claramente?

—No, no puedo decir eso. Solamente puedo deducir que estamos yendo a ver a la señora que está detrás de estas acciones.

—¡Exactamente! ¿Pero el nombre de Isadora Klein no lo conduce a nada? Ella era, por supuesto, la belleza celebrada. Nunca hubo una mujer que se compare. Ella es puramente española, la sangre real de los magistrales conquistadores, y sus gentes han sido los líderes en Pernambuco por generaciones. Se casó con el anciano rey del azúcar alemán, Klein, y actualmente es la más rica como bien la más amada viuda sobre la tierra. Entonces hubo un intervalo de aventuras donde ella se rindió a sus propios gustos. Tenía varios amantes, y Douglas Maberley, uno de los más notables hombres en Londres, fue uno de ellos. Fue por todas cuentas más que una aventura con él. No era una mariposa de la sociedad pero un fuerte y orgulloso hombre que daba y esperaba todo. Pero ella es la "*belle dame sans merci*"³ de la ficción. Cuando su capricho estaba satisfecho el asunto se terminaba, y la otra parte en el asunto si no podía tomar para si sus palabras ella sabía como devolverlos a sus casas.

—Entonces esa fue su propia historia...

—¡Ah! Está juntando las piezas. He oído que ella está por casarse con el joven Duque de Lomond, quien podría ser su hijo. Su madre Grace puede pasar por alto la edad, pero un gran escándalo sería un hecho diferente, así que es imperativo... ¡ Ah! Aquí estamos.

Era una de las más finas casas esquineras de West End. Un lacayo al estilo máquina tomó nuestras tarjetas y regresó con la palabra de que la señora no estaba en casa.

—Entonces esperaremos hasta que regrese —dijo Holmes festivamente.

La maquina se rompió.

—Que no esté en casa significa que no está para usted —dijo el lacayo.

—Bien —respondió Holmes—. Eso significa que no tendremos que esperar. Déle amablemente esta nota a su ama.

Garabateó tres o cuatro palabras sobre una hoja de su agenda, la dobló y se la entregó en mano al hombre.

—¿Qué decía, Holmes? —pregunté.

—Simplemente escribí: "¿Debería ser la policía, entonces?". Creo que eso debería permitirnos entrar.

Lo hizo... con increíble celeridad. Un minuto después estábamos en un cuarto al estilo de las Noches de Arabia, vasto y maravilloso, con una oscuridad a medias, seleccionada con una ocasional luz eléctrica rosa. La señora había llegado, lo sentía, a ese tiempo de la vida cuando incluso la más soberbia belleza encuentra a la media luz mejor bienvenida. Se levantó del sofá cuando entramos: alta, majestuosa, una figura perfecta, una hermosa cara como si fuera una máscara, con dos maravillosos ojos españoles que parecían asesinarlos a ambos.

—¿Qué es esta intrusión... y este insultante mensaje? —preguntó, sosteniendo el pliego de papel.

—No necesita explicación, madame. Tengo demasiado respeto por su inteligencia para hacerlo... sin embargo debo confesar que la inteligencia ha sido sorprendentemente defecto de tardanza.

—¿Cómo es eso, señor?

—Suponiendo que sus intimidantes empleados pudieron asustarme por mi trabajo. Seguramente ningún hombre se ocuparía de mi profesión si no fuera que el peligro lo atrae. Fue usted, entonces, quien me forzó a examinar el caso del joven Maberley.

³ Bella dama desgraciada



—No tengo idea de lo que está diciendo. ¿Qué tengo que ver con intimidantes empleados?

Holmes se alejó cansadamente.

—Sí, he sobrestimado su inteligencia. ¡Bien, buenas tardes!

—¡Deténgase! ¿A dónde va?

—A Scotland Yard.

Estábamos a medio camino de la puerta antes de que nos alcanzara y sostuviera su brazo. Se tornó en un momento del acero al terciopelo.

—Venga y siéntese, caballero. Hablemos sobre este asunto. Siento que debo ser franca con usted, Sr. Holmes. Tiene los sentimientos de un caballero. Cuan rápido el instinto de mujer es buscarlos. Lo trataré como a un amigo.

—No puedo prometer el recíproco, madame. No soy la ley, pero represento a la justicia tanto como mis débiles poderes lo permitan. Estoy listo para oír, y entonces le diré como actuaré.

—No hay dudas de que fui una estúpida al amenazar a un valiente hombre como usted.

—Lo que fue realmente estúpido, madame, es que se ha puesto en el poder de una banda de malvivientes, quienes pueden extorsionarla o dejarla.

—¡No, no! No soy tan simple. Puesto que prometí ser franca, debo decir que ninguno, excepto Barney Stockdale y Susan, su esposa, tiene la menor idea de quién es su empleador. Para ellos, bien, no es el primero... —ella sonrió y cabeceo con un encantador e íntimo coqueteo.

—Ya veo. Lo ha testeado antes.

—Son buenos sabuesos quienes corren en silencio.

—Tales sabuesos tienden tarde o temprano a morder la mano que los alimenta. Serán arrestados por este robo. La policía ya está detrás de ellos.

—Ellos tendrán lo que les corresponda. Eso es por lo que pagaron. Yo no debo aparecer en el asunto.

—A menos que la inserte en él.

—No, no, no debería. Usted es un caballero. Es un secreto de mujer.

—En primer lugar, debería devolver el manuscrito.

Ella rompió en una ondulación de risa y caminó a la chimenea. Allí había una masa calcinada que se rompió con el atizador.

—¿Debería devolver esto? —preguntó. Tan picaresca y exquisita parecía cuando se paró frente a nosotros con una sonrisa desafiante que sentí que de todos los criminales de Holmes era la única que había sido difícil de enfrentarse. De cualquier manera, él estaba inmune a los sentimientos.

—Ello sella su destino —dijo fríamente—. Está muy compenetrada en sus acciones, madame, pero se ha sobrepasado en esta ocasión.

Ella tiró el atizador estrepitosamente.

—¡Cuán duro es! —gritó— ¿Debería contarle toda la historia?

—Me imagino que yo podría contársela.

—Pero usted debe mirarla con mis ojos, Sr. Holmes. Debe darse cuenta desde el punto de vista de una mujer quien ve toda la ambición de su vida sobre la ruina en el último momento. ¿Es tal que una mujer sea inculpada si se protege a si misma?

—El pecado original era suyo.

—¡Sí, sí! Lo admito. Era un muchacho querido, Douglas, pero era tan arriesgado que pudiera no encajar en mis planes. El quería matrimonio... matrimonio, Sr. Holmes... con un vulgar sin dinero. Nada menos le hubiera servido. Entonces se volvió pertinaz. Porque lo que le di le hizo pensar que aun debía darle, y a él solamente. Era intolerable. Al final tuve que hacerle darse cuenta.

—Empleando rufianes para pegarle bajo su propia ventana.

—Parece ciertamente conocer todo. Bien, es verdad. Barney y los muchachos lo condujeron, y era, lo admito, un poco grosero hacerlo. ¿Pero que fue lo que hizo entonces? ¿Podría creer que un caballero haría de tal un acto? Escribió un libro en el cual describía su propia historia. Yo, por supuesto, era el lobo; él la oveja. Estaba todo ahí, bajo diferentes nombres, por supuesto; ¿Pero quién en todo Londres podría equivocarse en reconocerlo? ¿Qué opina de ello, Sr. Holmes?

—Bien, estaba dentro de sus derechos.

—Era como si el aire de Italia hubiera entrado en su sangre y hubiera traído con él el viejo espíritu de crueldad italiano. Me escribió y envió una copia de su libro que debía tener la tortura de la anticipación. Había dos copias, dijo... una para mí, una para su editor.

—¿Cómo sabe que el editor no lo ha comprendido?

—Sabía quien era su editor. No es su única novela, usted sabe. Descubrí que no había oído nada desde Italia. Entonces vino la repentina muerte de Douglas. Mientras tanto como que los otros manuscritos estuvieran en el mundo no habría seguridad para mí. Por supuesto, debía estar entre sus efectos, y esos deberían ser regresados a su madre. Puse toda la banda a trabajar. Uno de ellos entró en la casa como sirviente. Quería hacer las cosas honestamente. Real y verdaderamente lo hice. Estaba lista para comprar la casa y todo en ella. Ofrecí cualquier precio que ella pidiera. Solamente intente el otro método cuando todo lo demás había fallado. Ahora, Sr. Holmes, concediendo que fuera demasiado duro para Douglas... ¡Y Dios sabe, me arrepiento de ello! ¿Qué más puedo hacer con todo mi futuro comprometido?

Sherlock Holmes arrugó sus hombros.

—Bien, bien —dijo— supongo que deberé compensar una felonía como usualmente. ¿Cuánto costaría viajar alrededor del mundo en primera clase?

La señora fijo sus ojos con asombro.

—¿Podría ser hecho con cinco mil libras?

—¡Bien, se podría pensar eso, ciertamente!

—Muy bien. Pienso que debería firmarme un cheque por esa cantidad, y veré que llegue a la Sra. Maberley. Su deuda es darle un pequeño cambio de aire. Mientras tanto, señora —agitando un dedo índice de precaución— ¡Tenga cuidado! ¡Tenga cuidado! No puede jugar con herramientas afiladas para siempre sin cortarse esas delicadas manos.